

EUMESWIL

ERNST JÜNGER

EUMESWIL

Traducción de
Marciano Villanueva

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Eumeswil*

© Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung
Nachfolger GmbH, 1977, 1980

© de la traducción, herederos de Marciano Villanueva,
a quienes la editorial reconoce la titularidad de los derechos
de reproducción y su derecho a percibir las retribuciones
que pudieran corresponderles

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Revisión de la traducción: PÁGINA INDÓMITA
Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: enero de 2019

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-948167-5-8
Depósito legal: C-1737-2018

LOS MAESTROS

1

Me llamo Manuel Venator. Soy camarero de noche de la alcazaba de Eumeswil. Mi aspecto externo no tiene nada de llamativo; en las competiciones deportivas puedo contar con un tercer premio y no me ruborizo ante las mujeres. Dentro de poco cumpliré los treinta años. Se dice que tengo un carácter agradable — así se da por supuesto en mi profesión—. En política paso por hombre de confianza, aunque no especialmente comprometido.

Esto en cuanto a la persona. Los datos son correctos, aunque todavía imprecisos. Los iré precisando poco a poco. De momento, contienen ya los primeros trazos de un esbozo.

Precisar lo impreciso, definir con creciente rigor lo indefinido: esta es la tarea de todo desarrollo, de todo esfuerzo prolongado en el tiempo. Por eso, en el curso de los años, se van destacando cada vez más nítidamente las fisonomías y los caracteres. Y lo mismo cabe decir de los manuscritos.

El escultor se enfrenta inicialmente con el bloque en bruto, con la desnuda materia, que encierra en sí toda posibilidad y responde al cincel, el cual puede destruir o hacer brotar de ella el agua de la vida, la fuerza del espíritu. Todo es aún impreciso, incluso para el maestro. Nada depende enteramente de la voluntad de este.

Lo impreciso, lo indeterminado, incluso en el campo de la invención, no es lo falso. Puede ser inexacto, pero no debe ser insincero. Una afirmación —imprecisa, pero no falsa— se puede ir explicando frase por frase, hasta que finalmente

cobra aplomo y cae en el centro. Pero si comienza con una mentira, hay que ir la apuntalando con nuevas mentiras, hasta que finalmente todo el edificio se derrumba. De ahí mi sospecha de que ya la creación comenzó con una falsificación. De haberse tratado de un simple error, en el curso de la evolución se habría podido restaurar el Paraíso. Pero el Viejo ha guardado bajo candado el secreto del árbol de la vida.

Aquí aflora mi dolor: imperfección irreparable, no solo de la creación, sino también de la propia persona, que lleva, por un lado, a la hostilidad hacia los dioses y, por otro, a la autocrítica. Tal vez exagero, pero lo cierto es que ambas cosas debilitan la acción.

En cualquier caso, no se alarmen: no pretendo escribir un tratado de teología moral.

2

Para empezar, preciso que es cierto que me llamo Venator, pero no Manuel, sino Martín. Este es, como dicen los cristianos, mi nombre de pila. Entre nosotros, lo pone el padre, quien nombra al recién nacido alzándolo y dejando que lloriquee.

Pero, mientras estoy de servicio en la alcazaba, mi nombre es Manuel. Me lo puso el Cóndor, actual soberano de Eumeswil y señor a quien sirvo. El Cóndor reside desde hace años en la alcazaba, la elevada fortaleza que, a unas dos millas de distancia de la ciudad, corona una calva colina llamada desde tiempos inmemoriales *Pagos*.

Esta combinación de ciudad y fortaleza se da en muchos lugares; es la más cómoda no solo para las tiranías, sino para cualquier régimen personalista.

Los tribunos, derribados por el Cóndor, han sido mantenidos discretamente en la ciudad y son gobernados por el municipio. «Donde solo hay *un* brazo, este actúa con mayor eficacia mediante una larga palanca; donde son muchos los que tienen algo que decir, se necesita fermentación, pues estos impregnan cuanto existe como la levadura hace con el pan». Así Vigo, mi maestro. Hablaré de él más adelante.

¿Por qué quiso y, por tanto, ordenó el Cóndor que me llamara Manuel? ¿Le gustaba más el sonido ibérico o es que le disgustaba *Martín*? Al principio sospeché lo segundo; existe de hecho una repugnancia, o al menos una cierta susceptibilidad, ante determinados nombres, a la que no se presta la suficiente atención. Hay quienes cargan a un niño, para toda la vida, con un nombre que responde a las ilusiones que ellos se hacen. Así, aparece un enano que se presenta como César. Otros eligen el nombre del señor que lleva en ese momento el timón, porque también aquí existen, entre ricos y pobres, pequeños Cóndores. Esto puede ser asimismo perjudicial, sobre todo en épocas de insegura sucesión.

Tampoco se presta atención —y esto es válido para la mayoría— a que el nombre armonice con el apellido. *Schach von Wuthenow* es trabajoso, casi un desafío fonético. Por el contrario, *Emilia Galotti* o *Eugénie Grandet* aletean suave y equilibradamente en el ámbito acústico. Por supuesto, *Eugénie* debe pronunciarse al modo galo, no al germánico: *Öjénie*, con *ö* débil. De igual manera, también entre nosotros el pueblo ha pulido el nombre *Éumenes*. Se suele decir *Ömswil*.

Ahora estamos más cerca de la cuestión: la exquisita musicalidad del Cóndor, quebrada por *Martín*. Y se comprende, porque las dos consonantes intermedias suenan duras y ásperas. Arañan el oído. *Martín* es el patronímico de Marte.

Es ciertamente curiosa esta exquisita sensibilidad en un hombre que debe el poder a las armas. Solo tras larga observación llegué a comprender estas contradicciones, que arrojan su sombra sobre todos y cada uno de nosotros. Todos tenemos, en efecto, un lado diurno y un lado nocturno, y algunos, con el crepúsculo, se convierten en personas diferentes. En el Cóndor, este contraste es singularmente acusado. En su aspecto exterior, sigue siendo el mismo: un hombre soltero de mediana edad, ligeramente encorvado como quien suele montar a caballo. Con una sonrisa que se ha ganado a muchos —jovialidad vinculante.

Pero el sensorio cambia. El ave rapaz diurna, el aprensador, que acecha desde grandes distancias y observa los lejanos movimientos, se hace nocturno; los ojos descansan en la oscuridad, el oído se afina. Es como si se desprendiera

un velo del rostro y se abrieran nuevas fuentes de percepción.

El Cóndor da importancia a una vista aguda. Raras veces tendrá suerte con él un hombre que use gafas, sobre todo cuando se trata de puestos de mando en el ejército o en la vigilancia costera. Quien está a punto de conseguirlo, es invitado a una charla privada, durante la cual el Cóndor le sondea a fondo. Su gabinete privado domina la terraza de la alcazaba a través de una cúpula giratoria acristalada. En el curso de la conversación, el Cóndor suele cerciorarse de la vista del aspirante, señalándole un barco o una lejana vela y preguntándole por su tipo y su dirección. Por supuesto, el candidato ha tenido que superar antes otras pruebas exhaustivas. Pero el Cóndor tiene que confirmarlas con su juicio personal.

Con la transformación de ave rapaz diurna en nocturna cambia también la inclinación del perro al gato, ambos apreciados en la alcazaba. El espacio que media entre el castillo y el muro externo, en forma de anillo, se mantiene aplanado y sin vegetación por razones de seguridad; es decir, es un campo de tiro. Poderosos perros dormitan a la sombra de los bastiones o juegan por la explanada. Dado que los animales pueden fácilmente causar molestias, hay un puente que cruza desde la plaza, en la que se detienen los autos, hasta la entrada de la alcazaba.

Cuando tengo algo que hacer en la explanada, nunca entro en ella sin uno de los centinelas. Me maravilla la tranquila seguridad con la que estos agarran a los animales. A mí me desagradaba hasta el simple gesto de que me empujen con sus fauces o me laman la mano con su lengua. Y es que, en muchas cosas, los animales son más perspicaces que nosotros. Es evidente que husmean mi recelo; si llegase hasta el pánico, se abalanzarían sobre mí. Con ellos nunca se sabe dónde acaba el juego. En esto, son como el Cóndor.

Los perros, oscuros tibetanos de fauces y ojos amarillentos, sirven también para las cacerías. Se estremecen de placer cuando, en las primeras horas del día, oyen el cuerno de caza, y se les puede soltar contra los más poderosos enemigos, el león y el rinoceronte.

Esta jauría no es la única. Lejos de la alcazaba, pero visible desde la altura, se extiende por la playa un complejo de establos, cocheras, pajareras y picaderos cubiertos y al aire libre. Aquí se encuentran también las perreras de los galgos. Al Cóndor le gusta galopar furiosamente junto a la orilla del mar, acompañado de sus favoritos, mientras salta y se agita a su alrededor la trailla de los amarillentos perros esteparios, especializados en la caza de la gacela. Su carrera recuerda a los pilotos de coches y a los virtuosos del fútbol que triunfan aquí en la arena: la inteligencia y el carácter se han sacrificado a la cacería. Los cráneos son estrechos, con aplastadas frentes, los músculos se estremecen nerviosamente bajo la piel. Persiguen a su presa en larga caza, hasta la muerte, incansablemente, como impulsados por un resorte.

A pesar de todo, la gacela conseguiría muchas veces escapar si no fuera delatada por los halcones. Se descaperuza a la rapaz y se la lanza al aire. Entonces, los perros, y tras ellos los cazadores montados, siguen su vuelo, que los lleva hasta la presa.

Esta cacería sobre grandes extensiones cubiertas de esparto proporciona un grandioso espectáculo. El mundo se torna más simple a medida que crece la tensión. Se trata de una de las mejores cosas que el Cóndor ofrece a sus huéspedes. Él mismo la goza gloriosamente, y para él parecen haberse forjado unos versos del confín del desierto:

Un buen halcón, un perro veloz, un noble corcel
valen más que veinte mujeres.

Es evidente que la cetrería, con todas las finezas de la captura, la postura y el adiestramiento, goza de gran estima. Los alfanques y gerifaltes son capturados a lazo en el propio país; otros, entre los que se cuentan algunos animales blancos como la nieve, llegan de fuera, del alto Norte. Se los trae al Cóndor como presente, todos los años, el Kan Amarillo, su más distinguido invitado para las partidas de caza.

A la cetrería se destina un amplio espacio a orillas del río Sus. El lugar es favorable para el adiestramiento, pues en sus boscosas vegas anidan innumerables aves acuáticas, que

se agrupan para capturar peces en los bancos de arena cubiertos por las aguas. La garza, en especial, se presta bien para adiestrar a los halcones destinados a la caza de aves. Para ello, se necesita además otra clase de perros, los *épagneuls* de largas y colgantes orejas, a los que les gusta entrar en el agua. Su piel, moteada de manchas blancas, permite que los tiradores los distingan bien entre los cañizales.

El halconero mayor es Rosner, hombre muy versado en zoología, a la que se dedicó llevado de su pasión por la cinegética. Hizo bien, porque es fácil encontrar profesores en la cantidad que se quiera, pero tropezar con un halconero de sus cualidades es todo un hallazgo.

Rosner también es profesor. Le veo a menudo en la alcazaba y en su instituto, y a veces me lo encuentro paseando en solitario junto al río. En cierta ocasión le acompañé a uno de sus puestos de acecho durante la época de migración de los halcones. Allí la estepa limita con una sólida fila de retamas, altas como casas, a cuya sombra se cobija la jaula. Sirve de señuelo una paloma, sujeta a un largo hilo. Al acercarse un halcón, Rosner largaba el hilo para que la paloma pudiera alzar el vuelo. Cuando la rapaz la atacaba y la mantenía entre sus garras, era tarea sencilla ir tirando de los animales hasta una anilla a través de la cual corría el hilo y con la que se cerraba la red.

El procedimiento era apasionante, una muestra de inteligente reajuste. Se añadían además otras circunstancias que desbordaban los límites de la percepción humana y que tenían cierto carácter mágico. Por ejemplo, la paloma tiene que ascender cuando surca el aire un halcón que ni la más aguda mirada puede descubrir. Así pues, el halconero utiliza como vigía un pájaro pinto, del tamaño de un tordo, al que mantiene sujeto junto a la paloma y que tal vez, más que ver, barrunta a una increíble distancia la presencia del halcón. Y entonces avisa con agitados chillidos.

La caza posee este carácter mágico porque parece que el mundo se ve desplumado. Los cazadores caen, junto con sus presas, en el hechizo, se hunden en sus propias trampas. Tanto el oscuro trampero, que ha consumido su vida en el oficio, como el ornitólogo ilustrado se transforman en Papa-

geno¹ y asisten al espectáculo como danzantes en éxtasis. También yo experimenté el rápido y profundo jadeo de la pasión.

Debe advertirse que no soy cazador; es más, a pesar de mi nombre, la caza me repugna. Tal vez todos nosotros hayamos nacido para ser pescadores y cazadores, y matar sea nuestro oficio. Pues bien, si es así, entonces es que he cambiado de vocación. En lo tocante a la cetrería, me inclino más por la garza que por el halcón que la mata. La garza intenta una y otra vez ganar altura, pero siempre la supera el halcón, hasta que al fin sus plumas caen dispersas.

Una de las criaturas más encantadoras es la gacela: las mujeres embarazadas se sienten a gusto en su cercanía, y su mirada ha sido cantada por los poetas. Yo la vi vidriosa, al final de la cacería, mientras el halcón aleteaba en el polvo y los perros jadeaban. Los cazadores matan con singular placer lo que es hermoso.

Pero no estamos hablando de la mirada de la gacela, sino de la del Cóndor, y de su aspecto diurno. Todavía tendré que volver sobre la caza, y además desde varias dimensiones, pero no lo haré como cazador, sino como observador. La caza es una regalía, un privilegio de los príncipes; encierra en sí la esencia del dominio, no solo simbólicamente, sino también de forma ritual, en virtud de la sangre derramada, bañada por el sol.

Debido a mi cargo, comparto más el aspecto nocturno del Cóndor. Al caer la noche, se apiñan junto a él pálidos rostros con gafas, a veces como una nidada de búhos: profesores, escritores, literatos, maestros de profesiones poco lucrativas, simples vividores que contribuyen a animar la reunión. La agudeza de los sentidos se traslada de la vista al oído. Las insinuaciones no están ya ni siquiera en las palabras, sino solo en el tono e incluso en la mímica — y entonces tengo que reforzar la atención—. La conversación gira sobre otros temas,

1. El pajarero que es uno de los personajes principales de la ópera de Mozart *La flauta mágica*. (N. del T.)

especialmente los musicales, y al parecer la caza solo se menciona bajo formas curiosamente veladas. Merece la pena observar el cambio.

La estancia dispone de una excelente instalación acústica. Mantenerla en su justo punto es una de mis obligaciones. Al Cóndor no le gustan —y hasta le hacen daño— las palabras ásperas o destempladas. De ahí que haya dado a algunos de sus convivientes y de los oficiantes que le acompañan de continuo otros nombres, cuidando además de que sean eufónicos cuando se pronuncian seguidos. Por ejemplo, a su médico, Attila, que apenas se separa de su lado, le llama «Aldy». Así, si el Cóndor me requiere para algún servicio dentro de las competencias de Attila, dice: «Emanuelo: Aldy». Suena bien.

Cuando, como se hace con todos los que trabajan cerca de él, fui presentado al Cóndor, este buscó también para mí un nombre: *Manuel*, *Manuelo*, *Emanuelo* —dependiendo del contexto fonético—. Su modo de distinguir y modular acentúa el efecto de sus palabras. En el ágora, el *cómo* es más importante que el *qué*; la exposición es más decisiva que los hechos, pues los puede modificar y hasta crear de raíz.

«Rivalizar por la privanza»: también esto es un arte. Probablemente la elocuencia fue inventada por alguien a quien le ocurría lo mismo que a la zorra con las uvas. Aunque, por supuesto, cuando la cortesana victoriosa logra sentarse en el gabinete privado, las cosas cambian. La masa conoce hasta qué punto la favorita ha satisfecho a su señor cuando esta le deja solo en la pequeña alcoba.

Al ser presentado, yo vestía la librea de servicio, una ceñida tela de lino con listas azules que tendría que cambiarme todos los días, ya que no se usa ropa interior debajo. A ello se añaden las babuchas moras de tafilete amarillo, cuyas blandas suelas son cómodas y silenciosas cuando me muevo detrás del bar, donde no llega la alfombra. Y, por último, el ridículo gorro, con forma de barco de papel, que hay que colocarse verticalmente. En resumen, un término medio entre el uniforme y el traje de etiqueta. A este conjunto se suma mi presencia, que conjuga el celo del servidor con el talante alegre.

En mi presentación, el Cóndor, para comprobar mi peinado, me quitó el gorro. Y luego, con un juego de palabras cuya fórmula he olvidado, me dio el nombre. Este respondía a que el Cóndor juzgaba posible y esperaba que un día del Venator saliese un Senator.

Hay que reflexionar mucho sobre las palabras de los poderosos. Y es que esta última afirmación del Cóndor se prestaba a múltiples interpretaciones. En cuanto al contenido, tal vez quería insinuar la importancia de mi cargo. Teniendo en cuenta el rango y el honor alcanzados por algunos de sus favoritos —y ¿por qué no se lo merecían?—, había que apreciar incluso el cargo de simple camarero de noche. Al fin y al cabo, también Sixto IV nombró cardenales a sus efebos.

Pero la frase podía también referirse a la persona. Es bien conocida en Eumeswil la inclinación de los Venator, al menos de mi padre y de mi hermano, hacia los tribunos. Ciertamente ninguno de los dos se ha dedicado a la política activa, pero han sido siempre republicanos por convicción y simpatía. El viejo sigue todavía en el cargo, aunque mi hermano ha sido destituido por sus impertinentes discursos. Tal vez la alusión a Senator tenía este sentido: la estirpe no debía salpicarme.

«Manuelo»: esto creaba la base para una especie de padrino. Al mismo tiempo, recibí el fonóforo con la estrecha cinta plateada que distingue a los destinados al servicio del tirano; un servicio ciertamente subalterno, pero directo.

3

Hasta aquí lo tocante a mi nombre y sus variantes. Queda por precisar mi profesión. Es cierto que trabajo en la alcazaba como camarero de noche, pero esto solo llena ciertas zonas de mi existencia, como puede colegirse de mi estilo. Por este solo dato, un lector atento puede ya haber deducido que, en el fondo, soy historiador.

La afición a la historia y la tendencia a la historiografía son en mi familia hereditarias, debido no tanto a una tradi-

ción profesional como a una inmediata propensión genética. Me contentaré aquí con mencionar a mi ilustre antepasado, Josiah Venator, cuya obra principal, *Filipo y Alejandro*, goza desde hace mucho tiempo de la fama de ser una de las más importantes contribuciones a la teoría del medio. La obra ha conocido numerosas ediciones, la última todavía muy reciente. En ella es palpable la predilección por las monarquías hereditarias. De ahí que las alabanzas que le tributan los historiadores y especialistas de derecho público de Eumeswil no estén exentas de cierto embarazo. Por supuesto, la gloria de Alejandro Magno está llamada a irradiar también sobre el Cóndor, pero para ello su genio tendría que renacer de sus cenizas, como el ave Fénix.

Mi padre y mi hermano, liberales típicos, también muestran cautela con respecto a Josiah, pero por otros motivos. En primer lugar, porque les molesta, y es bien comprensible, que se haya cortado la figura de su antepasado según el patrón de la actual moda política. En segundo lugar, porque para ellos las figuras excepcionales son inquietantes. Alejandro les parece un fenómeno elemental, un rayo que explica suficientemente la carga eléctrica entre Europa y Asia. Se dan curiosas coincidencias entre la historiografía liberal y la heroica.

Así pues, venimos produciendo historiadores desde hace varias generaciones. Como excepción, aparece de vez en cuando un teólogo, o incluso un bohemio cuyas huellas se pierden en la oscuridad. Por mi parte, dando los pasos de una carrera normal, conseguí el grado de magíster, fui asistente de Vigo y me he convertido ahora en su mano derecha para trabajos tanto colectivos como privados. Asimismo, doy clases y dedico parte de mi tiempo a los doctorandos.

Esta situación puede prolongarse todavía algunos años; no tengo prisa ni por llegar a la cátedra ni por conseguir un escaño de senador; me siento a gusto como estoy. Al margen de algunas depresiones pasajeras, me encuentro en el justo medio. Dejar que el tiempo fluya mansamente es ya de por sí suficiente placer. Tal vez haya que buscar aquí el secreto del tabaco y de las drogas ligeras en general.

Puedo preparar mis temas en mi propia casa o en el Instituto de Vigo, y también en la alcazaba, cosa que prefiero debido a su incomparable documentación. Me siento aquí como pez en el agua, y no bajaría para nada a la ciudad si el Cóndor tolerara la presencia de mujeres en la fortaleza. Pero no las hay, ni siquiera en la cocina. Ni a una sola lavandera, con la que poder pasar discretamente un rato agradable, se le permite franquear el puesto de guardia. No hay excepciones. Los casados tienen a sus familias en la ciudad. El Cóndor opina que la presencia de mujeres, sean jóvenes o viejas, solo favorece los chismorreos. Pero la verdad es que los ricos manjares y la vida en holganza no hacen buenas migas con la ascética.

A mi padre no le sentó bien que asistiera a las clases de Vigo y no a las suyas, como había hecho mi hermano. Pero, por las conversaciones durante las comidas, yo sabía lo que el viejo podía ofrecer y, además, en mi opinión, Vigo le supera en mucho como historiador. Mi progenitor le tacha de acientífico y hasta de folletinesco; pero este juicio ignora la auténtica raíz de la fuerza de Vigo. ¿Qué tiene que ver el genio con la ciencia?

No es que pretenda yo negar que el historiador debe basarse en hechos. Se trata simplemente de que nadie puede acusar a Vigo de negligencia en este punto. Vivimos al borde de una quieta laguna, abrigada de los vientos, a la que han sido arrojadas enormes cantidades de restos de naufragio. Sabemos, mejor que en cualquier época del pasado, qué es lo que ha ocurrido en cualquier lugar del planeta. Y Vigo tiene presente el material hasta en sus mínimos detalles; conoce los hechos y sabe enseñar a sus alumnos el arte de valorarlos. También en este aspecto he aprendido mucho de él.

Cuando se ha traído el pasado hasta el presente y ha sido reconstruido como las murallas de ciudades cuyos mismos nombres yacen ya en el olvido, puede afirmarse que se ha hecho un buen trabajo.

Debe advertirse aquí que Vigo no introduce sortilegios en la historia. Al contrario, nos enfrenta con la incertidumbre de los sucesos, de modo que deja abiertas las preguntas últi-

mas. Cuando dirigimos la mirada al pasado, contemplamos tumbas y ruinas, montones de escombros. Pero ocurre entonces que también nosotros somos víctimas del espejismo del tiempo: creemos avanzar hacia adelante y progresar, cuando en realidad nos estamos moviendo hacia ese pasado. Pronto le perteneceremos: el tiempo pasa sobre nosotros, nos deja atrás. Y esta tristeza arroja su sombra sobre el historiador, quien, como investigador, es solo un zapador de tumbas y pergaminos. Ahora bien, con la calavera en la mano, plantea la pregunta decisiva. El estado de ánimo de Vigo es una tristeza fundamental y fundamentada; y, como estoy convencido de que el mundo es imperfecto, me siento atraído por este lenguaje.

Vigo tiene una forma especial de atravesar el pasado que no es cronológica. Su mirada es más la del jardinero o el botánico que la del cazador. Por eso afirma que nuestro parentesco con las plantas es de raíces más profundas que el que tenemos con los animales y opina que durante la noche retrocedemos a los bosques e incluso a las algas del mar.

Entre los animales, sería la abeja la que ha redescubierto este parentesco. Su acoplamiento con las flores no constituiría ni un avance ni un retroceso en la evolución, sino una especie de supernova, un vivo resplandor del Eros cosmogónico en un instante estelar. Ni al más osado pensamiento se le habría ocurrido semejante idea; realmente es solo eso que no se puede inventar.

¿Acaso Vigo espera algo similar en el ámbito humano?

Como en toda obra lograda, también en la suya es más lo implícito que lo expresamente formulado. En su ecuación queda una incógnita. Y esto hace que se sienta embarazado ante aquellos —incluidos sus discípulos— para quienes todo funciona por completo.

Recuerdo como si fuera hoy el día en que me acerqué a él; fue a propósito de un curso dedicado al tema de las «ciudades planta», que se prolongó durante dos semestres enteros. Comparaba Vigo la dispersión de las culturas a través de continentes y océanos, de costas, archipiélagos y oasis, a la

dispersión de las semillas por el aire o al arrastre de frutos por el flujo y reflujó del mar.

Mientras hablaba, Vigo solía presentar pequeños objetos o simplemente tenerlos en la mano —no como pruebas, sino como soporte del asunto abordado—. A veces, se trataba simplemente de un cascote o un fragmento de ladrillo. Aquella mañana había sido un plato de fayenza, con arabescos de flores e inscripciones cúficas. Vigo centró el tema en los colores: un conjunto de pálidos azafranes, rosas y violetas, además de un tenue brillo no debido ni al esmalte ni al pincel, sino a la pátina del tiempo. Tal es el brillo ensoñador de los vidrios sacados del cobijo de las ruinas romanas o también el de las tejas de las ermitas, resecaas al fuego de mil soles.

Por serpenteantes caminos había llegado hasta aquí Vigo, tras iniciar la marcha en esas costas de Asia Menor tan favorables a los enraizamientos sobre nuevos suelos. Así lo demostraron los fenicios, los griegos, los caballeros templarios, los venecianos y otros más.

Sentía predilección por las culturas de los mercaderes. Ya desde los primeros tiempos, el comercio de la sal, el ámbar, el cinc, la seda y más tarde el té y las especias había trazado rutas sobre los desiertos y los mares. En Creta y Rodas, en Florencia y Venecia, en los puertos lusitanos y holandeses se habían amontonado los tesoros como la miel en las celdas del panal. Se transmutaron en modos de vida superior, en placeres, edificios, obras de arte. El oro encarnaba al sol; gracias a su acumulación, comenzaron a florecer y expandirse las artes. Tenía que producirse un hálito de decadencia, de otoñal saciedad. Y mientras Vigo hablaba, mantenía el plato en la mano, como si pidiera limosna.

¿Cómo había llegado este hasta Damasco, y dado después aquel salto hasta España que permitió a Abderramán escapar al asesinato?² Durante casi tres siglos floreció en Córdoba una rama de los omeyas exterminados en Siria. Junto a las mezquitas, también las fayenzas daban testimonio de este

2. Abderramán I (Damasco, 731-Córdoba, 788), príncipe de la dinastía omeya que en el año 756, tras diversas peripecias, se convirtió en el primer emir independiente de Córdoba. (*N. del E.*)

brazo lateral, seco desde mucho tiempo atrás, del río de la alta cultura árabe. Más tarde, aparecieron también en Yemen los castillos de Beni Taher. Una semilla cayó en las arenas del desierto y produjo allí cuatro nuevas cosechas.

Un antepasado de Abderramán, el quinto soberano omeya, envió al emir Muza a la ciudad de azófar. La caravana partió de Damasco, dejó atrás El Cairo, cruzó el gran desierto y arribó a los países de Occidente, junto a las costas de Mauritania. Buscaba las botellas de cobre en las que el rey Salomón había encerrado a los demonios rebeldes. Los pescadores que arrojaban sus redes en el mar de Karkar sacaban de vez en cuando, junto con sus capturas, alguna de estas botellas. Estaban selladas con el sello de Salomón. Si se las abría, salía el demonio, como una espesa humareda que oscurecía el cielo.

Más tarde, reaparecen en Granada y en otras cortes de la España mora emires llamados Muza. Este, el conquistador del África noroccidental, puede considerarse como el prototipo de todos ellos. En él son innegables ciertos rasgos occidentales. Debe tenerse en cuenta, efectivamente, que en la cumbre se mezclan y confunden las diferencias de raza y religión. Del mismo modo que en el orden moral los hombres son muy parecidos, y hasta idénticos, cuando se acercan a la perfección, así también ocurre en el orden espiritual. Se hace mayor la distancia frente al mundo y el objeto: crece la curiosidad y, aunado a ella, el placer de aproximarse a los secretos últimos, aun corriendo los mayores peligros. Se trata de un rasgo aristotélico, pues uno pone la aritmética a su servicio.

La tradición no dice si el emir vaciló antes de abrir la botella. Y es que sabemos por otros relatos que esto era peligroso. Así, uno de los demonios prisioneros había afirmado que al hombre que le liberara lo convertiría en el más poderoso de los mortales, y había reflexionado, durante siglos, sobre el modo de hacerle feliz. Pero cambió de humor: durante su encierro se habían ido concentrando la ponzoña y el furor. Cuando, al cabo de muchos siglos, un pescador destapó la botella, solo gracias a su astucia consiguió escapar al destino de ser despedazado por el demonio. La maldad es tanto más temible cuanto más tiempo tarda en irrumpir.